

Hoy escribe JAIME GUZMAN

Desafío prioritario de la transición

COMO profesor universitario y a través de múltiples contactos con otros sectores juveniles, he podido palpar las diferencias de mentalidad que se van gradualmente registrando en nuestra juventud.

Excedería el espacio de estas columnas intentar una síntesis global de mis impresiones en la materia. Sólo deseo, en consecuencia, referirme a un aspecto preciso.

Hoy en día, están llegando a la universidad —y, en forma más amplia, incorporándose a la calidad de ciudadanos y a la vida cívica— jóvenes que virtualmente no vivieron el período de la Unidad Popular. Quienes ahora tienen 18 años de edad, tenían 7 años cuando ese régimen comenzó y 10 años cuando terminó. Atravesaron toda esa etapa como niños, sin más huella que la de los vagos y difusos recuerdos de la infancia.

Asistimos así ahora a un cambio generacional más brusco que los habituales. La dramática experiencia marxista y de los años inmediatamente previos dejó en todos cuantos la vivimos —fuese como adoloscen-

tes o jóvenes— una marca indeleble, que a ratos podrá atenuarse, pero nunca borrarse. Sus impactos y lecciones fueron tan fuertes que nos acompañarán siempre.

AHORA, en cambio, se incorporan a la calidad de ciudadanos aquellos que entonces eran niños. Y la diferencia resulta sustantiva. Para éstos se trata de una experiencia ajena, cuyas lecciones —y cuyos traumas— son y serán también ajenos.

Se interesan por conocer esa etapa, pero al modo de una narración histórica. Consideran insólito que hayan sucedido las cosas que ocurrieron, pero no conciben verosímil que

“Quienes hoy tienen 18 años... atravesaron toda la Unidad Popular como niños. Virtualmente no la vivieron... Y las experiencias no se traspasan como tales.”



ellas pudieran repetirse. Los aspectos favorables de la realidad nacional posterior a 1973 les aparecen como algo dado, lógico y natural. Les cuesta más, por consiguiente, aceptar la necesidad de mantener restricciones para preservarlos. Sienten al marxismo como fracasado y carente de ilusiones, pero no le atribuyen mayor peligrosidad. Y en todo caso, ven más viva su amenaza en los actuales sucesos polacos, que en el distante Gobierno de nuestra ex Unidad Popular.

Frente a ello, la reacción adulta más frecuente es la de intentar transmitir a las nuevas generaciones esa

experiencia que uno vivió y que éstas no conocieron. Suele pensarse que con relatos o películas, se les podrá traspasar esa vivencia que no tuvieron. Pero el resultado de ese predicamento será siempre el fracaso, porque las experiencias no se traspasan como tales. O se viven o son ajenas. Y por algo la experiencia ajena nunca ha bastado para definir las propias conductas juveniles.

Por eso, creo que, sin perjuicio de mostrar esa etapa a los jóvenes, para que ello arroje los útiles —pero limitados— frutos de las lecciones históricas, debemos darle prioridad a saber captar la percepción original que las nuevas generaciones tengan de la realidad. Y sobre la base de la sintonía que así se establezca con ellas, esforzarnos por interpretar sus anhelos y canalizar sus inquietudes.

Eso puede exigirnos variadas adaptaciones a nuevas sensibilidades, estilos y énfasis. Pero sólo así conseguiremos proyectar con renovado atractivo hacia las generaciones más jóvenes, los principios de valor permanente y los logros macizos que Chile ha forjado en estos últimos ocho años.

Ello resulta aún más imperioso si queremos extender sus frutos a quienes accedan a la madurez de aquí a fines de esta década y que, para entonces, constituirán un porcentaje significativo de la ciudadanía o cuerpo elector.

Lo Seg. 14-V-82